

JAVIER
NEGRETE

La

JUAN MIGUEL
AGUILERA

ZONA



La doctora Laura Fuster, experta en armas biológicas, debe hacer frente a una epidemia que podría deberse a un ataque terrorista. El lugar es Matavientos, en Almería, en el corazón de un mar de invernaderos donde se hacinan miles de inmigrantes ilegales. Al entrar en la Zona en cuarentena, Laura descubre que la amenaza es mucho peor de lo que suponía. El virus de Matavientos es letal, actúa con una velocidad sin precedentes y vuelve a los enfermos extremadamente agresivos. Tras un primer encuentro desastroso con los infectados, Laura y su equipo se refugian en un restaurante, el Saloon, que se ha convertido en la última fortaleza para los supervivientes del pueblo. Con la peligrosa ayuda de Adu y Madi, dos africanos que trafican con ilegales, Laura trata de descubrir la naturaleza del mal que asola Matavientos. Sus sospechas apuntan al doctor Aguirre, un enigmático neurólogo encerrado con ellos en el Saloon. La investigación de Laura se convierte en una lucha por la supervivencia contra los infectados y también contra el poder de una gran corporación empeñada en que el oscuro secreto de la Zona no salga a la luz.

Queremos dar las gracias a Mónica Sánchez y a Enrique Roldán por aquel viaje a los invernaderos de Almería durante el cual nació la idea de La Zona.

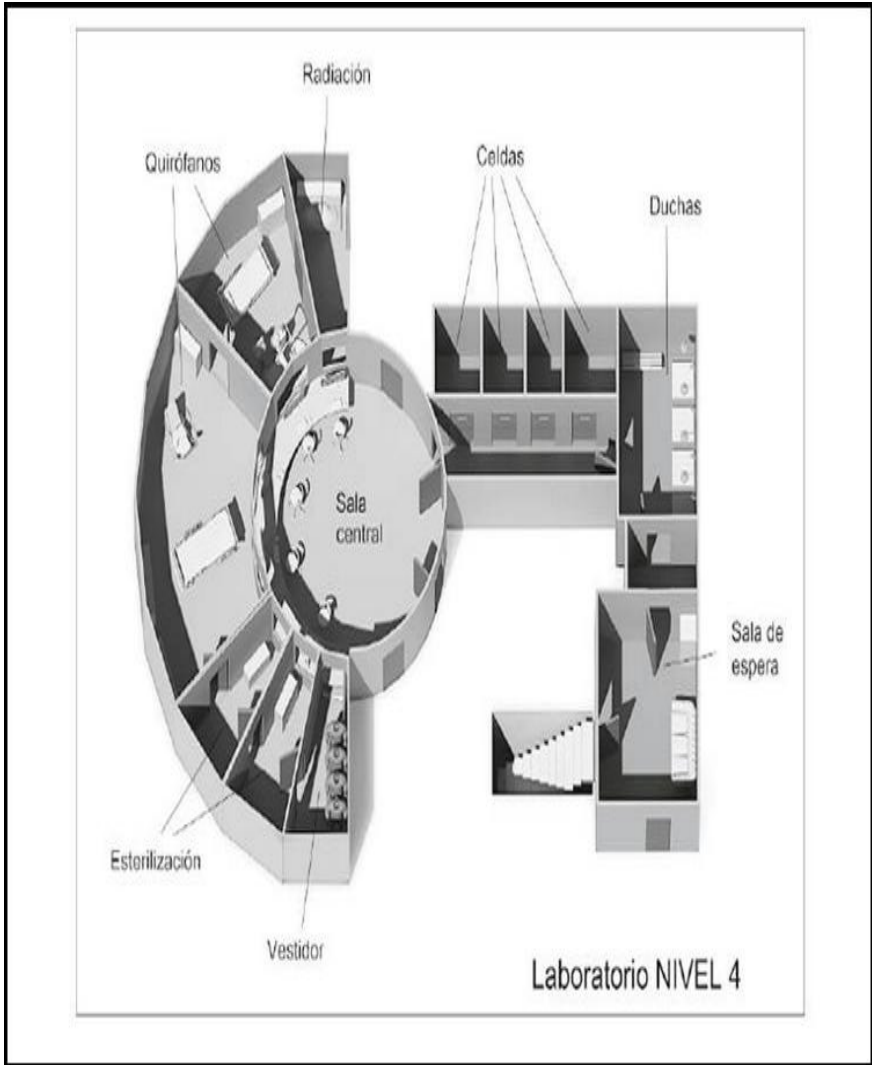
También a Emilia Fernández de Navarrete, que revisó la parte médica de la novela. Ni que decir tiene que cualquier error o licencia en este terreno sólo es responsabilidad nuestra.

Y a Marimar Bejarano, por leer el borrador de La Zona y por las acertadas sugerencias que nos hizo.

Debido a esta lucha por la vida, cualquier variación, por ligera que sea, si ofrece alguna ventaja a un individuo de una especie, ayudará a preservar a ese individuo y será heredada por sus descendientes. Éstos también tendrán más probabilidades de sobrevivir; pues de los muchos individuos de cualquier especie que nacen periódicamente, tan sólo un pequeño número puede sobrevivir.

A este principio por el cual toda ligera variación se conserva siempre que resulte útil lo he denominado «selección natural». Pero la expresión que suele usar el señor Herbert Spencer, «supervivencia de los más aptos», es más exacta y a veces igualmente conveniente.

Charles Darwin, *El origen de las especies*, capítulo 3.



Prologo

Delta del Níger Mediados de los noventa.

Eugenio Aguirre conducía su motocicleta a través de una calle polvorienta de Port Harcourt, en el delta del Níger.

El delta era un inmenso amontonamiento de detritus y porquerías arrastradas por el río desde las selvas y los desiertos a lo largo de miles de años. Formaba una llanura de setenta y cinco mil kilómetros cuadrados al sur de Nigeria, tan lisa como una mesa, ablandada por la saturación de petróleo en su subsuelo y manchada por los vertidos de crudo.

Era un lugar caótico y sombrío, muy cálido y bochornoso la mayor parte del año y ardiente y seco en los meses del harmatán, aunque la influencia de este viento sahariano llegase muy debilitada al delta. Ningún Homo sapiens sensato habría elegido aquella región para vivir; y, sin embargo, los especímenes de aquel homínido apenas evolucionado se apiñaban en ella como abejas en una colmena.

La presencia humana no había hecho más que empeorar el delta y convertirlo en el escenario casi irreal de una pesadilla futurista. Los habitantes que malvivían en aquellos parajes habían añadido millones de toneladas de basura a los sedimentos, que ya de por sí eran resultado de la lenta putrefacción de formas de vida del pasado remoto. Ahora el Nilo Negro, como llamaban al Níger en la Antigüedad, hacía honor a su nombre y se había convertido en el verdadero corazón de las tinieblas. El barro sobre el que se alza-

ban las abarrotadas ciudades estaba empapado de un aceite oscuro y hediondo, y por todas partes ardían fuegos de los que brotaban sombrías humaredas que manchaban y entenebrecían el cielo africano.

Mientras sorteaba socavones y esquivaba otros vehículos, recibiendo en el rostro vaharadas de aire que parecían brotar de un gigantesco secador, Aguirre pensó que nunca entendería esa afición de los nigerianos a encender hogueras. Les encantaba quemar cualquier cosa, sobre todo petróleo y enormes ruedas de camión. Había días en los que el humazo, el hollín y las pavesas volvían la atmósfera tan irrespirable como las calderas del infierno. No se podía salir sin una mascarilla de papel, y aun así uno acababa tosiendo y escupiendo salivazos que sembraban alquitrán.

Port Harcourt era todo él un gran vertedero humeante. La gente hacía sus necesidades en medio de las calles, que estaban tan llenas de basuras, animales muertos, escombros y cachivaches rotos que por algunos lugares no se podía transitar. Toda la región poseía una inmensa riqueza petrolífera, y sin embargo tres cuartas partes de la población vivían en la miseria. Muchas de las casas no eran más que barracones de paredes levantadas con tablones, o entramados de cañizo cubiertos de barro con techos de paja, hierba o planchas de chapa oxidada. Cuando soplaba un viento un poco fuerte, todo se desmoronaba. Al menos, pensó Aguirre, cuando así ocurría, sus moradores no podían quejarse de que perdieran ninguna fortuna.

Por si fuera poco, la guerra había acabado de destrozarlo todo. De vez en cuando los guerrilleros del Movimiento para la Emancipación del Delta del Níger, el MEND, descargaban su frustración contra las petroleras haciendo incursiones en la ciudad, disparando contra todo lo que se movía y también contra lo que se quedaba quieto. Las balas habían dejado muchas de aquellas infraviviendas agujereadas como quesos de gruyer.

Para Aguirre, lo más deprimente y antiestético era encontrarse continuamente con personas a las que les faltaban partes del cuerpo: una pierna, las dos, medio brazo, tres dedos, un ojo. Todos ellos heridos y mutilados por las luchas constantes entre la guerrilla y la policía estatal. Muchos exhibían sin el menor pudor sus muñones, sus pústulas o sus quemaduras para mendigar limosna, y lo hacían en medio de la calzada, lo que congestionaba todavía más el caótico tráfico de la ciudad.

Mientras sorteaba también a aquellos infortunados, Aguirre pensó: «Hubo un tiempo en que toda la raza humana fue así». Tullidos, sucios, con los dientes cariados, indolentes, viviendo siempre al límite del hambre.

En realidad, filosofó, era posible que la humanidad estuviera destinada a regresar muy pronto a esa subsistencia, o más bien subexistencia. Sólo en Europa se creía todavía en mantener el estado del bienestar. No era extraño que muchos de aquellos desdichados estuvieran decididos a arriesgarlo todo para emigrar allí y buscarse un rinconcito en «el paraíso».

Un paraíso de cartón piedra que amenazaba con desmoronarse. Aguirre estaba convencido de que el sueño de Europa se encontraba al borde del abismo. El estado del bienestar era insostenible en un mundo globalizado en el que dos terceras partes de la población vivían en la pobreza y miraban ansiosos hacia Occidente.

Un profesor de economía al que conoció semanas antes en una recepción le había expuesto una teoría interesante.

—Los vasos comunicantes —había dicho con la voz algo pastosa antes de dar un sorbo a un champán caro, pero demasiado caliente.

—¿Cómo? —preguntó Aguirre.

—La globalización está haciendo que todos los países se conviertan en vasos comunicantes. Tarde o temprano todo el mundo tiene que igualarse a la baja.

—¿Y por qué no igualarse al alza? —había preguntado una mujer que trabajaba para la Shell.

—Es imposible —respondió el profesor—. No hay recursos para darle a todo el planeta un nivel de vida similar al que disfruta un ciudadano europeo. Pronto tendremos una crisis mucho peor que la del petróleo del setenta y tres. Y esta vez todo se irá al garete.

Sin ser experto en economía, Aguirre poseía suficiente información y era lo bastante observador como para estar de acuerdo con aquel individuo. El siglo XXI no sería aquel escenario brillante y limpio que le habían vendido en películas y novelas cuando era niño, sino un tiempo tan sucio y lleno de hogueras y pobreza como la mísera ciudad que estaba atravesando.

Aunque era muy posible que él hubiese encontrado la solución. En este mismo momento la sentía al alcance de la mano, casi la rozaba con la punta de los dedos. Sabía que se hallaba en el camino correcto.

A veces le asaltaban deseos de proclamarlo a los cuatro vientos: «¡Aún no lo sabéis, pero yo os voy a salvar! ¡Sí, manada de parásitos semiinconscientes, yo!».

Todavía era pronto. Necesitaba más datos antes de hacer público su descubrimiento. Tenía que ser precavido: un paso en falso en aquel momento daría al traste con todo su trabajo. Debía esperar y ser paciente. Sobre todo, reservado y discreto como sólo él sabía serlo.

Disfrutaba paladeando la gloria anticipada cuando tuvo que clavar los frenos con tanta violencia que la rueda trasera de la moto se levantó del suelo un par de centímetros.

Habían cortado el tráfico de la calle. No por obras, sino porque un grupo de gente se había puesto a descuartizar animales en medio de la calzada.

Era un espectáculo fantasmagórico. Al menos una docena de cabras habían sido desolladas y la sangre lo empapaba todo. Los animales estaban tirados en el suelo y las pieles colgaban de unos tendederos de ropa. Hombres, muje-

res y niños chapoteaban en el barro rojo mientras limpiaban las tripas en unos cubos de plástico amarillentos llenos de un agua tan sucia que parecía sacada de un retrete. El olor a matadero y muladar era indescriptible.

«Típico de los africanos», pensó Aguirre, tapándose la nariz. Eran seres primarios que hacían lo que les daba la gana, cuando les apetecía y donde primero se les ocurriese.

Ahora no podría pasar por esa calle, y tendría que retroceder y dar un rodeo. Se había comprado la moto para evitar aquellos atascos, pero ni aun así lo conseguía. La única forma rápida de viajar en aquel país era en avioneta o en helicóptero. Aunque también había obtenido la licencia para pilotar ambos aparatos, utilizarlos en la ciudad era impensable. Sólo los alquilaba para desplazarse a otros lugares del país en busca de sujetos para sus estudios, y cada vez que lo hacía tenía que sobornar al menos a cuatro personas para conseguir los permisos de vuelo.

Debido a aquel corte, llegó más tarde de lo previsto a su destino, la escuela de las hermanas misioneras de Nuestra Señora de los Apóstoles. En cualquier caso, daba igual: la puntualidad en África era un concepto tan esotérico como la antimateria.

Las monjas estaban ya almorzando. Sor Odile, una robusta igbo de sesenta y tantos años que hablaba un perfecto francés, le dijo:

—Por favor, doctor Aguirre, coma con nosotras.

Él no tenía apetito, pero se sentó a la mesa con ellas. El plato único era fufu, una pasta espesa de ñame hervido y macerado en el mortero. A Aguirre el ñame en todas sus formas le rebosaba ya por las orejas, pero por educación tomó una porción de pasta y la revolvió en la mano derecha, sin usar en ningún momento la zurda, hasta conseguir una especie de bola. Después clavó el pulgar en ella, abrió una pequeña concavidad y usó el fufu a modo de cuchara para coger guiso de su cuenco. Repitió la misma operación dos veces más. A la tercera, tras encontrar un trozo de car-

ne muy especiada en el caldo, dijo que ya estaba ahíto y se lavó los dedos en un pequeño aguamanil.

Mientras comían, reinó el silencio. Sólo tras retirar los platos, ya en la sobremesa, sor Odile le habló del programa en el que colaboraba Aguirre.

—¿Puedo ver los test, hermana? —preguntó él, también en francés.

Ella hizo un gesto, y otra monja más joven le trajo una carpeta con las pruebas.

Aguirre los estudió con atención. Siempre había controlado sus emociones, pero al pasar las hojas notó que el pulso se le aceleraba por la emoción.

Eugenio Aguirre era médico neurólogo especializado en enfermedades neuroinfecciosas. Muy brillante durante la carrera y el MIR, llegado el momento de seleccionar sus investigaciones no había elegido los senderos más acertados. Por un exceso de ambición, paradójicamente, se vio pasada la barrera de los cuarenta años sin haber logrado nada lo bastante importante como para conseguir el reconocimiento con el que siempre había soñado.

En realidad, no se trataba de eso. Debía ser sincero consigo mismo. El reconocimiento estaba bien para otros. Él ansiaba la gloria. Había sido número uno en el colegio, en el instituto y en la facultad, y eso le había hecho creer que toda su vida seguiría descollando entre los demás. Por desgracia, quienes le habían privado del puesto que merecía no eran sus superiores, ni siquiera sus iguales, sino investigadores mediocres que apenas sabían seguir la lógica de sus razonamientos.

Al ver que el tiempo resbalaba entre sus dedos, huidizo y burlón como bolitas de mercurio, había decidido aceptar la oferta de la multinacional Janus y viajar a Nigeria. En aquel momento pensó que trabajar para una empresa farmacéutica de tal magnitud le abriría muchas puertas.

Pero Nigeria había resultado ser un agujero sucio y hediondo del que parecía casi imposible escapar. Una auténti-

ca fosa séptica en la que estaba hundiendo su carrera de forma tan inexorable como si pisara un tremedal de arenas movedizas. Por desgracia, su contrato con Janus se hallaba blindado y lo encadenaba a aquel estercolero durante cinco años más.

Pero, justo cuando estaba a punto de dejarse llevar y convertirse en otro occidental más, solitario, borracho y putaño, había encontrado oro entre el estiércol.

Sonrió al recordarlo. O creyó sonreír. Las comisuras de su boca apenas se alzaron un milímetro. Sin que él lo intentara, su rostro siempre había sido tan impenetrable como una máscara yoruba.

—¿Le gustan los trabajos que han hecho nuestros niños? —le preguntó sor Odile.

—Me encantan —respondió Aguirre con voz átona, sin apartar la mirada de los papeles.

—Son unos pasatiempos muy divertidos —añadió la monja.

«No son pasatiempos, pobre ignorante, sino test de inteligencia homologados», pensó Aguirre. Sin embargo, contestó en voz alta:

—Me alegro de que esos críos se lo pasen bien.

La propia hermana Odile y dos monjas más jóvenes lo acompañaron a la escuela. Pasaron corriendo de un porche a otro, pues se había desatado un aguacero que tableteaba en los tejados de uralita con tanta violencia como si los ametrallara la guerrilla. El agua hervía en charcos oscuros como chocolate: en aquel lugar ni siquiera la lluvia limpiaba, pues bajaba del cielo ya contaminada de ácidos y todo tipo de partículas y aerosoles.

Las monjas y Aguirre se acercaron a una puerta de la que salía un alegre canto que competía con el repiqueteo del chaparrón. Allí, en barracones algo mejor construidos que los que atestaban las calles de Port Harcourt —sobre todo, mucho más limpios—, niños y niñas de todas las eda-

des recitaban tablas de sumar y multiplicar y, entre oración y oración, aprendían a leer y escribir en francés y en igbo.

Muchos de los que estaban sentados en aquellos pupitres eran niños de la guerra, críos cuyos padres habían sido asesinados durante el conflicto interminable con las petroleras. Todo había empezado en 1956, cuando se descubrió petróleo bajo la aldea de Oloibiri. Un don aparente de la tierra; una maldición en la práctica. A partir de ese momento entraron en tromba las compañías petrolíferas: la Shell, la Chevron-Texaco, la BP, la Total.

Aquello supuso el final de todo un mundo. El medio ambiente del delta del Níger se degradó de forma rápida y brutal. Los sondeos y explotaciones se llevaron a cabo sin el menor cuidado ni responsabilidad alguna. Como resultado, las filtraciones de petróleo lo contaminaron todo y acabaron con los peces, los moluscos y crustáceos y las aves del lugar.

Si alguna vez las compañías intentaban reparar las consecuencias de sus derrames, lo hacían con agentes dispersantes no degradables que sólo empeoraban la situación. Los habitantes de la región, privados de ganarse la vida mediante la agricultura y la pesca como habían hecho siempre, se hacinaron en Port Harcourt para trabajar en condiciones inhumanas o, directamente, vagar por las calles entre pilas crecientes de basura, escombros y excrementos.

No tardaron en aparecer grupos armados que lucharon contra las compañías petrolíferas, como la Fuerza Voluntaria Popular del Delta del Níger o el MEND. La violencia se apoderó de las calles, y quienes primero lo pagaron fueron los niños.

Aguirre entró en la clase junto con sor Odile. La maestra ordenó callar, y todos los niños se levantaron de sus asientos.

«¡Firmes!». El neurólogo casi creyó oír esa orden en su cabeza. Por circunstancias algo rocambolescas había estado en un campamento de la guerrilla y había visto con qué

brutalidad adiestraban a los niños a los que recogían o directamente secuestraban para convertirlos en soldados. Lo único que se esperaba de ellos era que fuesen capaces de sujetar un fusil Kalashnikov y disparar a matar. Pero algunos lograban escapar y refugiarse con las monjas, que les daban cobijo, ropa, comida y cuidados médicos, y además les enseñaban a leer y a escribir.

Aquella labor de caridad no estaba exenta de peligros: hacía pocas semanas que los guerrilleros habían secuestrado y asesinado a cuatro monjas de otra congregación. Su falta había sido tratar de rescatar a unos niños mientras los llevaban a un campo de entrenamiento.

—¡Buenas tardes, señor don Eugenio! —Le saludaron los alumnos al unísono. Aquella bienvenida era una de las pocas fórmulas que habían aprendido en español.

—Sentaos, biko —dijo él, haciendo un gesto con ambas manos.

Al verlos ahora limpios, bien vestidos y sonrientes, todo ojos brillantes y sonrisas resplandecientes, Aguirre pensó que el esfuerzo de las monjas era muy loable.

Teóricamente.

La realidad era mucho más cruel. Acogerlos, alimentarlos y brindarles una educación sólo era convertirlos a la larga en criaturas más infelices. Cuanto más embrutecidos estaban, menos se daban cuenta de que chapoteaban en un infierno del que no había esperanza de salir. Las lecturas y el cariño de las monjas sólo servían para hacerlos soñar con una existencia mejor. Pero no la encontrarían ni en el infierno postapocalíptico de Port Harcourt ni en las calles de Europa.

Vivir es competir por los recursos, y eso significa matar y pisotear. La vida es una excrecencia de la naturaleza, un proceso de oxidación algo más sofisticado que otros, una forma de organizar una minúscula isla de orden durante un instante a cambio de provocar mucho más caos y entropía en el conjunto.

Lo que maravillaba a Aguirre era que esa excrescencia lograra crear prodigios de belleza como la Novena de Beethoven o El arte de la pintura de Vermeer. Pero, por pura estadística y economía de medios, de esas maravillas sólo podía gozar la cúspide de la pirámide.

«Donde estaré yo cuando salga de este lodazal», pensó Aguirre.

Y precisamente gracias a esos niños.

Los críos volvieron a sentarse y reanudaron sus cuentas de matemáticas. Aguirre paseó entre los pupitres de madera sin desbatar. Tras ellos, los alumnos trabajaban en sus cuadernos, esforzándose en agradarle. Algunos eran tan pequeños que casi daba lástima verlos allí, tan fuera de lugar, tan perdidos y desorientados en aquella réplica chapucera de un aula del Primer Mundo, frente a una cruz en la que colgaba un Cristo negro torpemente tallado.

Había otros, en cambio, que tenían la mirada opaca, como ancianos. Eran los que habían pasado más tiempo con la guerrilla. Aguirre sospechaba que algunos incluso habían matado; sus mentes jamás se recuperarían de esa experiencia.

El neurólogo se acercó hasta la última fila. Allí se sentaba la niña que buscaba.

Alika.

Era muy pequeña, y tenía unos ojos enormes y muy hermosos, dos pequeños mares brillantes e inocentes. Entre sus brazos acunaba una muñeca de madera muy fea de la que nunca se separaba. Las monjas le calculaban cuatro o cinco años de edad, pero no había modo de saberlo. Su familia era de Costa de Marfil. Casi todos habían muerto en la última epidemia de ébola que asoló la zona. Un tío suyo la llevó a Nigeria, huyendo de aquel mal. A pesar de todo, en África existían sitios todavía peores que el delta del Níger.

—Hola, Alika.

—Hola, doctor Aguid' de —lo saludó ella, poniéndose de pie.

Aguirre le cogió la muñeca y la colocó sobre el pupitre.

—Es Nina —dijo ella.

—No te preocupes. Ahora mismo podrás volver a jugar con ella. Pero primero levanta el brazo, por favor.

Ella le obedeció dócilmente. Aguirre le tomó la mano y le giró suavemente el bracito para observar cómo había evolucionado el pinchazo en la parte interior del codo. Estaba bien, no había infección.

Cuando la soltó, la niña mantuvo el brazo en horizontal.

Aguirre sonrió. Así tenía que ser.

—Está bien, ya puedes bajarlo.

La niña obedeció.

Así tenía que ser también.

Cuando volvió a casa en la moto, había dejado de llover. Los baches se habían convertido en charcos de color café. Si uno no se fijaba bien, no se distinguían del lodo que manchaba la calzada, y corría el riesgo de clavar la rueda y salir volando de cabeza sobre el manillar. Pero Aguirre metió más gas de lo habitual y se dedicó a rodear aquellos socavones de una forma casi temeraria.

Se sentía más animado que en cualquier otro momento de los últimos años. Los experimentos marchaban como la seda. Ya se imaginaba la prensa mundial con su nombre a cuatro columnas. Y, aunque tardaría, porque los miembros del Instituto Karolinska se tomaban las cosas con mucha calma, sabía que, llegado el momento, le otorgarían el Nobel.

Pasó por la calle donde unas horas antes destazaban animales. Los improvisados matarifes ya se habían ido, dejando tan sólo un enorme charco de sangre en la calzada y algunos montones de vísceras. Eso le ahorró algunos minutos de camino.

«Sí, todo va sobre ruedas», pensó cuando llegó frente a su casa.